

¡Qué talle, qué manos y pies! ¡Qué discretas anchuras donde la naturaleza, no el indumento, las ponía! ¡Qué cabeza, qué andares, qué aire de diosa!... Aceché su paso por la acera de enfrente, sospechando que volvería el rostro para mirarme. Me equivoqué... Al verla doblar la esquina de la calle de San Bernardino, metíme de nuevo en la iglesia. Todo mi anhelo era apoderarme de Celestina Tirado, que charlaba con el sacristán y unas viejas santurronas. Esperé un ratito... le eché la zarpa. Olvidado del respeto que á la santidad del lugar debía, la llevé aparte, y con toda la fogosidad de mi alma, le dije: «Ya la he visto. Tenía usted razón. No es mujer; es una diosa.

—Cállese la boca, don Tito—me contestó poniéndose máscara de humildad compungida.—Repáre que estamos en la iglesia. ¿Le parece á usted que es este sitio propio para hablar de diosas y embelecocos mundanos? Ya que no tiene devoción, tenga recato y respete mi conciencia... que hoy la llevé tapadita con crespones.

—Sólo una cosa le preguntaré, Celestina. ¿Es hija del difunto?

—¡Ay, ay! ¡Por Jesús vivo no me ruborice, no me hable de hijos, porque hablar de hijos es hablar de pecados! Hasta que pase el novenario, ni en mi pensamiento ni en mi boca hallará usted idea ni palabra que me recuerden aquel oficio... ¡Fuera de mí toda la tercería infame! Quiero ser buena. ¡Señor, déjame ser buena!...»

Creyendo que el aire de la calle dispararía sus escrúpulos la saqué de la iglesia, tirándola de un brazo... En la calle me dijo: «No sea terco... Repito que no sé si es hija ó no es hija.

—Las facciones de la dama reproducen las del padre... Lo he visto.

—¡Uy, uy! ¡Vaya con la sarta de pecados que este hombre mundano me quiere restregar en la conciencia!

—Dígame una sola cosa. ¿Dónde vive?

—¡Jesús; San José bendito! ¡Ya quiere ir...! No, no; nada sé. Mientras dure el novenario no me llamo Celestina, me llamo Andana. Déjeme en paz.»

Diciéndolo se metió en su casa, y apretó á correr portal adentro y escaleras arriba. Entré yo detrás de ella, y desde los primeros peldaños la despedí con desaforados gritos: «¡Farsante, hipócrita, corredora del Infierno! Lo que tú callas, Dios ó el diablo me lo dirán.»

XI

Desorientado anduve algunos días, sin que mis investigaciones me dieran la luz que deseaba. Envuelta en tinieblas permanecía la dama incógnita, pues ni el sacristán de San Marcos, ni las beatas de la parroquia, ni el mandadero de las *Servitas*, ni ningún bicho viviente supo señalarme el rastro por donde podía encontrar la hermosa res que se me

había perdido. Vagas noticias adquirí del testamento de don Hilario. La casa en que éste murió pasó á ser propiedad de una doña Leonor Ruiz del Macho, toledana, cincuentona, al parecer sobrina del santo varón. Lo primero que hizo esta buena señora fué plantar en la calle á Celestina Tirado. A otra heredera joven y de buen ver, aunque algo paleta, le tocaron dos casas en Toledo y un Cigarral. Los cuantiosos bienes raíces que el cura poseía en los términos de Illescas y Torrijos los repartió entre individuos de ambos sexos y de diferentes edades, cuyo parentesco con el testador no estaba claramente definido.

Aprisionado mi espíritu en el afán de aquel ojeo amoroso, abandoné Cortes, amigos, oficina, para volver de nuevo ante la esfinge sutil, burlona y rufianesca, á quien encontré en la travesía de la Parada, no en su antigua casa (donde subsistía el obrador de zurcidos y enredos, bajo el gobierno de una que llamaban *la Bernardona*), sino en la taberna de la misma calle, propiedad de su hermano Ginés Tirado. Sorprendíome ver á la mala hembra despojada ya de su traje de luto y con un pañuelo rojo por la cabeza. Junto á un velador tabernario, en compañía de otra mujer y de un cochero de punto, charlaba entre vasos de cerveza y caña. Al verme llegar, sus contertulios dejaron libres las dos banquetas. En una me senté yo, y entablé con Celestina este diálogo vivo:

«Terminado el novenario—le dije,—ya

puede usted abrir la boca y no tenerme en el aire, como el zancarrón de Mahoma.

«—¡Ay don Tito de mi alma!—exclamó echando un gran suspiro que trajo á mi nariz vapores vinosos.—No puede usted hacerse cargo de la pena que me ahoga. Figúrese... El señor que está en gloria, y yo se la deseo por toda la eternidad, no se ha portado con esta fiel cristiana como era debido. Por los servicios que le presté, cuidándole con tanto mimo como lo hubiera hecho con los hijos de mis entrañas, esperaba yo que lo menos, lo menos que podía dejarme era un par de Cigarrales de los cuatro que en Toledo poseía y que, según dicen malas lenguas, los afaná de una vieja ricacha con quien tuvo que ver... ¡Ay, Dios mío! Mi congoja y amargura por esta ingratitud y esta desconsideración son tales, don Tito, que me paso los días llorando y rabiando, y no encuentro mejor alivio de este sofoco que un par de copitas por mañana y tarde, y de añadidura unos traguitos de caña, que le recomiendo si tiene pesares y rencorcillos que ahogar... Pues verá... Por todos mis trabajos y sacrificios, por todas las porquerías que le limpiaba... y hay que ver, don Tito, lo que es un viejo con los muelles flojos... por la honradez mía en el gobierno de la casa y demás, me ha dejado, ¡pásmese usted!, la cochinateda de cuatro mil reales. Cuando lo supe me volé; eché de mi cuerpo el luto; no he vuelto á pisar la casa, ni la parroquia, ni el convento de las monjitas... que son unas bribonas, para que usted

lo sepa..., pues cuando ya estaba el pobre señor con una pata en el sarcófago, por medio del capellán, que es otro pillastre, le sacaron un legado de diez mil duros. ¿Qué le parece? ¡Oh mundo falaz, mundo hipócrita y *contraproducente!*

—Por lo que voy viendo, Celestina, le ha resultado á usted fallido el cambiar el correaje de amores por la vida beata.

—Lo hice no más que por casar á la niña, bien lo sabe Dios. Don Hilario fué el que me metió en cristiandad. Me escarabajaba la conciencia, fui á confesarme con él, y me catequizó. La verdad, no me pesa haber dado á mi alma un limpión general con el zorro y plumero de tanto rezo y tanta penitencia. Pero ya no más. Casé á la niña. Gracias á usted que me colocó á Pepito, ya están los dos como dos ángeles, comiendo de la leña y de los pastos de La Granja. ¡Dios se lo premiará á usted, don Tito!... Y ya hemos hablado bastante de lo mío... Ahora, usted dirá.

—Debe comprender que estoy loco, Celestina. Me tiene usted en horrible incertidumbre, sin contestar á nada de lo que le pregunté.

—Pues ahora ¡ay qué pena! no puedo decirle nada que sea de su gusto. Le ofrecí lo que sabe porque en aquellos días creía tenerlo en mi mano pecadora. Ya no lo está, don Tito; ya se nos ha escapado la diosa.

—Explíqueme eso, yo se lo suplico. Empiezo por no saber el nombre de...

—La llaman *Floriana*... ¿Tiene usted noticia de una señora gorda que ha heredado la casa del difunto cura y vive ya en ella, una tal doña Leonor Ruiz del Macho? Pues esa, que fué ama de don Hilario á poco de cantar misa, y después tuvo que ver con un canónigo de Toledo, otro de Ciudad Real y con varios figurones de Madrid, dedicándose ya vieja á parear corazones por todo lo alto, ha colocado á Floriana con un señor muy rico, carcunda él y Mayordomo del *Alumbrado y Vela*.»

Quedé pasmado, no muy convencido de la veracidad de lo que aquella pícara y rencorosa mujer me decía. Necesitaba más explicaciones. ¿Dónde vivía Floriana? Vaciló un rato Celestina y apuró despacio medio chico de vino, como si se tomara tiempo para encontrar la respuesta. Por fin, estirando el concepto, me dijo: «Donde vivía puedo decirle; donde vive no. Pero antes ha de saber usted una *circunstancia* que se me había olvidado: Floriana es maestra de escuela. Estudió en la Normal con buenas notas y sacó título. Diéronle la escuela de niñas de la calle de Rodas. A más del sueldo tenía la pensoncita que le pasaba don Hilario. Hacía vida recogida y honesta, desasnando chiquillas. Alguna vez me mandaba allá mi amo á llevarle la pensión y algún regalito. Era su hija según decían. Yo no lo aseguro, porque la madre, una marquesa viuda y guapa de alto copete, amiga espiritual del curita, se divertía también con un caballero

muy elegante, diplomático y qué sé yo qué... Una de las veces que fui á ver á Floriana de parte de mi señor, me habló de usted con mucho retintín. Por ella supe que es usted el hombre de más poder en la política y el de mayor metimiento en los despachos de todos los Ministros. Luego me dijo: «Si yo conociera á ese señor, le pediría que hablase por mí en Fomento para que me dieran colocación en un colegio de los buenos...»

—Acabe usted, Celestina. Esa vida laboriosa y modesta, que tiene para mí mayores encantos que la hermosura, ¿ha terminado ya?

—Sí, señor; antes de que muriera don Hilario, voló la pájara. De ello no me pida usted cuentas á mí, sino á esa doña Leonor, que es una tal y una cual.

—Según eso, ¿ya no encontraré á Floriana en la calle de Rodas?

—Búsquela usted en algún palaciote ó en un principal de mucho lujo, con la mar de balcones á la calle.»

Aturdido y meditabundo, me anegaba en un mar de pensamientos melancólicos. En buena parte del cuento de Celestina advertí color y acento de verdad; pero algo había que me pareció mentiroso. Sospechaba que no fué doña Leonor, sino la propia Celestina quien hizo el negocio de tercería con el caballero beato. Silencioso clavé en ella una mirada inquisitiva, y con el pensamiento le dije: «Yo sabré la verdad, hembra satánica, y si me has engañado me lo pagarás con tu vida.»

Dos días invertí en indagaciones que creía precisas antes de abocarme nuevamente con la sagaz Tirado. En la escuela de la calle de Rodas no encontré más que albañiles, porque estaba el edificio en obra, y en vacaciones la maestra y las niñas. Nadie me dió razón de Floriana. Recorrí las calles inmediatas Peña de Francia, Santiago el Verde y Huerta del Bayo, interrogando á las porteras donde las había, ó pegando la hebra con las mujeres que tomaban la fresca en las aceras de sombra, rodeadas de sus chiquillos. Entre tantas comadres parleras encontré algunas que me dieron noticias de una maestra muy guapa que regentó la escuela del barrio. Faltábame saber á dónde se había ido la profesora bonita, y sobre esto, los informes eran tan vagos como contradictorios. Aquí me dijeron que había pasado á otra escuela, en Maravillas; allá, que había heredado algunos miles y estaba en tierra de Toledo; acullá que, asediada por los novios impertinentes que acudían como moscas á la miel de su hermosura, se había metido monja...

Con estos elementos anecdóticos me personé á prima noche en la taberna de Ginés Tirado. La concurrencia de parroquianos era extraordinaria. Celestina no estaba; pero su hermano, asegurándome que bajaría pronto, me llevó á una mesa desocupada, en el ángulo más obscuro del establecimiento. Entre los concurrentes reconocí á muchos con quienes hice conocimiento y breve amistad en la jornada bullanguera del 23 de Abril. Allí char-

laban y bebían Antonio Merino, profesor de esgrima, Cerrudo, maestro de obras, *Botija*, corredor de vinos, Vicente Morata, cajista, Perico *el de los Mostenses*, y otros que sólo conocía de vista.

Cerca de mí, un sujeto leía en alta voz, en ruedo de bebedores, el folleto de Roque Barcia *El Papado ante Jesucristo*, escrito en conceptos bíblicos que eran la forma usual de aquel desatinado evangelista. Comentaban los oyentes con risas ó alabanzas las frases de latiguillo que eran la salsa del folleto. Al terminar la lectura, el vocero de don Roque se fijó en mí, y acudiendo á saludarme, me dijo: «Amigo don Tito, dispéñeme, no le había visfo. Estaba leyendo á estos señores la más grandiosa filípica que se ha escrito contra la Curia Romana. Usted la conocerá.

—Sí, sí; me la sé de memoria—contesté yo, y al decirlo recordé en él á uno de los *Maestros Masones* con quienes tomé café en el de las Columnas, la tarde que hice conocimiento con Candelaria. Era el que en Masonería llevaba el nombre simbólico de *Licurgo*. Sentándose junto á mí sacó un fajo de folletos, y alargóme uno con estas corteses palabras: «Tengo el gusto de ofrecer á usted el que acaba de imprimirse, y aún no se ha puesto á la venta. Es precioso, interesantísimo. Vea usted qué título: *¿Quieres oír, pueblo? ó la cabeza de Barba Azul.*»

Cogí yo el papelejo, y dando á *Licurgo* gracias expresivas, le prometí leerlo inmediatamente, pues me agradaba sobremanera la

prosa hebraica del nuevo profeta don Roque. No seguimos porque tuve la suerte de que la entrada súbita de Celestina cortase un coloquio que no podía serme agradable. El tabano de *Licurgo* se fué, zumbando de mesa en mesa, hasta llegar á una donde se apiñaba el grupo más ruidoso de la patriotería del barrio. Solo ante mi corredora, me faltó tiempo para desembuchar lo que tenía que decirle. En efecto, Floriana no vivía ya en la calle de Rodas. Respecto á la ausencia de la linda moza daban las vecinas distintas explicaciones. Ninguna indicó que se hubiera liado con un ricacho carcunda.

«¿Qué tengo yo que ver con las habladerías de aquel barrio, que es el mentidero de la *tía Cotilla*?—respondió la Tirado, tomando el primer sorbo de un medio chico del blanco de Métrida.—Créame á mí, y siga el consejo que le voy á dar: Desaparte ya su pensamiento de esa mujer, que no será para usted como no ponga toda su influencia con el Gobierno para que le caiga el premio gordo de la Lotería. La Floriana es y será siempre gala para hombres ricos. Si ha de seguir usted en su vida modestita y á la pata la llana, con influencia y todo, arréglese ya de asiento con esa *doña Calendaria* que es mujer barata, pues ella se mantiene con versos, que algunos llaman berzas, se desayuna con periódicos, y se viste con las percalinas amarillas y encarnadas que se usan para colgar los balcones en días de patriotismo.»

Oí con desprecio las exhortaciones de la

liosa mujer, y sintiéndome fatigadísimo y con dolor de cabeza, me retiré á mi casa. Pasé la noche compartiendo mis horas entre el sueño y el delirio, atormentado por visiones de la realidad y espejismos de un mundo ilusorio y fantástico. Dolencia grave del ánimo debo más bien llamar á mi pasión ardiente por aquella mujer, apenas vista, y más adorada cuanto mayor era el espacio entre su persona y mis brazos amantes. En la hermosa Floriana veía yo la cifra y resumen de mi existencia, el reposo definitivo de mis ansias de amor, lanzadas á prueba en mil ocasiones sin hallar nunca la ideal satisfacción de ellas.

Entre los disparates con que me mareó Celestina, brilló con fulgor de relámpago una idea práctica. ¿Por qué no utilizaba yo en provecho propio mi omnímodo poder en la esfera oficial? Si á los demás hacía yo felices, ¿por qué no agenciaba para mí la felicidad de ser rico, que me daría la más fácil solución del problema de amor? Tal fué mi vertiginoso delirio en aquella madrugada. Por más vueltas que daba yo en mi abrasado cerebro á la idea y propósito de traer á mis manos el premio gordo de la Lotería, no hallé la manera y forma de entenderme con mis espíritus familiares para que éstos dieran positiva realidad á mi loco ensueño. Cuando las luces del nuevo día despejaron mi cabeza, vi con claridad que mi solo recurso era encomendarme con alma y vida á mis aéreos protectores, y ellos me sacarían de penas, ellos me traerían la

mujer ideal empleando las divinas artes de su potestad sublime, ultraterrena.

Como en aquellos días no iba yo al Congreso ni parecía por la oficina, apenas pude enterarme de las graves sublevaciones que amenizaron la vida nacional en diferentes provincias. Nicolás Estévanez, única persona que yo visitaba entonces, me contó lo de Málaga que fué, no del tenor, sino del *baritono siguiente*, como decía en su guasón estilo mi amigo Roberto Robert. Los inquietos federales malagueños, ávidos de campar por sus respetos, rompieron todo lazo con el poder central, declarándose francamente autónomos. Cabeza de la insurrección fué un hombre de más osadía que inteligencia, llamado Eduardo Carvajal, tío del Ministro de Hacienda. Con las armas viejas requisadas en la Ciudad y las que quitaron á los pocos soldados que el Gobierno envió como guarnición de la plaza, se pusieron en pie de guerra. El travieso jefe de aquel movimiento tenía sin duda relaciones más que amistosas en el mundo oficial de Madrid, porque obtuvo de un empleado secundario de Guerra, sin conocimiento del Ministro, una orden para que le entregase cuatro cañones el Parque de Sevilla. Las cosas que entonces se veían en España no se vieron jamás en parte alguna.

Compinchado con amigos de Sevilla se dirigió Eduardo Carvajal á esta Ciudad con una partida de mil hombres, entreteniéndose por el camino en cobrar contribuciones y en el merodeo de víveres y caballos. En su marcha

siguió sublevando pueblos y afanando fondos municipales hasta regresar á Málaga, donde le recibieron con aclamaciones de triunfo. Su primer cuidado fué establecer el Cantón malagueño. No pudo conseguirlo. Quiso entablar negociaciones con el Gobierno, y como éste no le hiciera caso, fué á buscar más ancho campo de acción en Cartagena.

Los intransigentes de Sevilla, imitando el ejemplo de sus hermanos de Málaga, se sublevaron atacando con ardor el Parque, del cual sustrajeron las armas inservibles y viejas que allí existían. Fácilmente se sobrepusieron á la escasísima guarnición de la plaza, y proclamaron con gran solemnidad la independencia de la provincia de Sevilla, formando la indispensable y tan acreditada *Junta Provisional de Gobierno*. Pero los de Utrera no se avenían á depender de Sevilla. Esta mandó contra Utrera una columna que fué rechazada en recio combate, en el cual sufrió cuatrocientas bajas entre muertos y heridos. Por la otra banda, Sanlúcar constituyó también su Cantón, nombrando un *Comité de Salud Pública*, y Cádiz, donde era alcalde el austero patriota Fermín Salvoechea, hizo lo propio. Siguió ardiendo por toda Andalucía el reguero de pólvora, y Osuna, Antequera, Loja, Granada, proclamaron con solemne desahogo y algarabía su santa independencia.

Aunque de mí os burléis, amados lectores, he de deciros que esta descomposición de la patria, este desorden convulsivo, traían á mi alma un regocijo intenso, porque en mi pro-

pio sér sentía yo el frenesí de independencia; yo era también obstinado rebelde, y el impulso centrífugo me lanzaba fuera del régimen de mansedumbre y rutinas putrefactas de puro viejas. Yo era también Cantón ó quería serlo, fundándolo en el único pacto que mi mente concebía, el trato de amor con la mujer amada.

Erame odioso el pesado matalotaje de leyes que por todas partes nos cercan y aprisionan. Infecto me resultaba el llamado Orden Social, atmósfera demasiado espesa y malsana para mis pulmones. Así, para juzgar los arrebatos facciosos de las ciudades andaluzas, yo ponía mañosamente á un lado la reflexión, y me iba derecho al asunto con mi fantasía sin freno y con el centelleo de la pasión que me abrasaba.

En aquellos días de soledad ensoñadora, mi única placidez era el nocturno ambular por las calles, sin dirección fija. Mis piernas se volvían de acero. Al término de mi excursión no me era fácil decir por dónde había pasado, como no fuera la calle de Rodas y adyacentes, á las que consagraba largo tiempo de mis caminatas. No ponía ya gran atención en los grupos ni en los diálogos, natural expresión de la vida en los lugares de mi tránsito. Más que lo de fuera veía yo lo que en mi interior llevaba, y más que el lenguaje del pueblo me impresionaron, una vez y otra, voces pronunciadas sólo para mis oídos, aliento y susurro de seres invisibles que en torno á mi cabeza revoloteaban.

Una noche, después de dos horas de voltaje inconsciente por una parte de los barrios bajos y otra parte de los medios, me encontré en una calle que reconocí como la que antaño se llamó de la *Inquisición* y hogaño de *Isabel la Católica*. Allí fueron más recias y claras las voces que murmuraban en mis oídos. No podía dudar que los familiares espíritus me decían: «Búscala, búscala... Adelante, pobre Tito.» Seguí, seguí... Por la calle del Alamo llegué á la de los Reyes, y como allí sonara de nuevo el *Búscala*, pensé que mis invisibles amigos querían guiarme á la calle de San Leonardo. Allá me fui como una flecha. Recorrí la calle de arriba á abajo y de abajo á arriba, deteniéndome varias veces frente á la casa que fué de don Hilario, con la extraña particularidad de que mientras yo contemplaba en éxtasis el edificio, cerrado y sin claridad en sus huecos, las voces misteriosas callaron.

Al ponerme de nuevo en marcha hacia la calle de San Bernardino escuché como un reir gracioso, y luego estas palabras bien claras: «Sigue, Titín enamorado, Titín picaruelo.» Obedecí metiéndome en las calles de Juan de Dios y Limón, alentado por las risueñas voces. Sin saber cómo salí al callejón del Cristo y á la calle de Amaniel, y allí mis aéreos tutelares clamaban, con jácara bulluciosa: «Sigue, Tito; que te quemas, que te quemas.» Así llegué á la plazuela de las Comendadoras de Santiago, y ante la fachada grandota del convento me paré, mirando pri-

mero las altas rejas, después la pesada y ostentosa mole de la iglesia. En este punto, las voces que á tal sitio me guiaron resonaban en torno á mis oídos con cháchara de risas, mezcladas de sílabas y modulaciones fugaces. Creí encontrarme dentro de una pajarera.

Pensé que si allí estaba Floriana no sería en calidad de monja, sino de *señora de piso*, que así llaman á las damas principales que en aquel santo retiro buscan sosegado alojamiento y viven recogidas y libres, pudiendo salir á la calle y comunicarse con el mundo. Tras larga expectación me dominó de tal modo la fatiga que no podía ya con mi alma. Pero como al propio tiempo me sujetaban con invencible atracción aquellos lugares, me senté en uno de los escaiones del pórtico. Minutos no más transcurrieron entre sentarme y tenderme á lo largo, apoyando mi cabeza en un gastado sillar... La dureza de mi cama no impidió que me sumergiera en un sueño profundísimo... De aquel sopor me sacaron manos vigorosas, que tirando de mí obligáronme á tomar la vertical... Me vi entre dos guardias de Orden Público. Uno de ellos pronunció alborozado mi nombre. Era Serafín de San José.

XII

Dejéme conducir hacia la calle Ancha por mi protegido, á quien vi transformado por el uniforme. De su rostro había desaparecido la expresión famélica, y su mirada y gesto eran de un hombre satisfecho de la vida. Agarrado á su brazo le dije: «Amigo Serafín, el apoyo que te presté espero que me lo pagues ahora con un servicio... fijate... con un servicio que te agradeceré mientras viva. Quiero que me averigües... fijate... que me averigües... pero pronto, hoy mismo si puede ser... fijate en lo que te digo... que me averigües si en el convento de las Comendadoras de Santiago vive una *señora de piso*, joven y hermosa, que se llama... fijate... que se llama *Floriana*.»

Observé que Serafín me oía con atención cariñosa mezclada de lástima. Sin duda, juzgando mal lo entrecortado de mis conceptos y la repetición del *fijate*, creía que me había sorprendido durmiendo una *jumera*. Antes que él me revelara su pensamiento, yo me arranqué con estas explicaciones: «No soy bebedor, bien lo sabes. Mi sueño era de cansancio, no de embriaguez. Y si mi habla es un tanto premiosa, atribúyelo á la debilidad de mi estómago y á que tengo el cale tre un poquito trastornado... porque... fijate... ¡me pasan unas cosas!... Esta madru-

gada han venido siguiéndome por las calles unos espíritus... espíritus buenos y amables que se interesan por mí...».

Por lo que dije de mi trato con entes invisibles y por lo que antes hablé de mi desfallecimiento, el bueno de Serafín, movido á mayor lástima, me invitó á entrar con él en una excelente buñclería de la calle de la Palma, donde daban chocolate además de café económico. Acepté gustoso, que buena falta me hacía reparar mi desmayado cuerpo. Lo primero que me sorprendió al entrar en el cafetín fué la persona del buñolero, en quien reconocí á Indalecio García (*Pajalarga*), Miliciano de los que cercaron el palacio de Medinaceli la noche del 23 de Abril y que luego concurrió á nuestra cena y tertulia en la taberna de Juan Niembro. Estuvo el hombre finísimo. Mandó hacer para el guardia y para mí dos chocolates machos, y nos los sirvió con churros exquisitos. La parroquia del establecimiento no era escasa. Vi dos mozas del partido, soñolientas, tres ó cuatro chulos aburridos, con altas gorras, y unos trabajadores que tomaban en pie la mañana. Llegaron luego algunos *silbantes*, trasnochadores de prostíbulos y chirlatas, y empezaron á consumir buñuelos y copas de lo fuerte.

En torno á nuestra mesa se formó un ruedo de habladores en el cual descollaba *Pajalarga*, no sólo por su estatura sino por su vena oratoria. Era un parlamentario terrible. En los Clubs le rompían á fuerza de tirones la chaqueta, para hacerle callar. Mi presen-

cia le alentó á dirigir su voz á *lās masas*, y dando un puñetazo en la mesa, tomó así la palabra: «Yo, señores, soy Federal desde el vientre de mi madre. Ni don Francisco Pí ni el propio Roque Barcia me ganan en federalismo. No me asusto de que los pueblos, viendo que las Cortes se tumban en el surco y el Gobierno espera que las ranas crien pelo para federalizarnos; no me asusto, digo, de que los pueblos se acantonen de por sí, formando sus Consejos particulares de la Salud Pública. ¡Viva Sevilla, viva Málaga, donde hay hombres de coraje que rompen el vínculo y la vínculo del unitarismo funesto, incomunicativo y contradictorio! Por lo que no paso, señores, es por lo que están haciendo los falsos *Robespierres* de Alcoy. Y ya que tengo el honor de recibir en este establecimiento al sabio corifeo don Tito, yo le ruego nos diga lo que piensa de esos vituperios que deshonran la Causa...»

Le interrumpí para decirle que ignoraba lo de Alcoy. ¿Cómo había yo de saberlo si acababa de llegar del extranjero? Fraccionada en retazos que salían de diferentes bocas, oí la historia de lo acaecido en la ciudad levantina, que fué como sigue: Los trabajadores de Alcoy, afiliados en su mayor parte á la Internacional, pidieron que se les aumentara el salario en un cincuenta por ciento y que se les declarase dueños de los telares en que trabajaban. Surgió la huelga. El alcalde, señor Albors, que había sido diputado republicano en las Constituyentes del 69, declaró en

un bando la libertad de los huelguistas y de los no huelguistas; es decir, que podía cada cual hacer lo que le viniera en gana... El motín estalla, los trabajadores arrollan la escasa guarnición; pegan fuego al Ayuntamiento, asesinan á todas las personas que odian, matan á trabucazos al alcalde, y arrastran ferozmente su cadáver....

«Gracias que llegó una columna de Voluntarios valencianos, mandada por el General Velarde—dijo *Pajalarga*, arrebataando el vocablo á las demás bocas.—Con esto apretaron á correr aquellos que no son republicanos sino públicos foragidos; pero ya les alcanzará el Velarde y pagarán su culpa esos traidores, renegados, vendidos, señores ¡ah! vendidos al oro de la reacción.

—Para Cantones bien formados, el de Valencia—afirmó un *silbante*.—En la Junta Cantonal figuran el Arzobispo y el Marqués de Cáceres, jefe de los Alfonsinos.

—También se han acantonado Castellón y Murcia—agregó un albañil.—Lo sé por el ordinario.

—Poco á poco—saltó una de las mozas del partido, metiéndose en el ruedo.—Mi pueblo, que es Alhama de Murcia, no quiere depender de la capital, y ya tiene su Cantoncito para él solo.»

Recobrado mi equilibrio con el lastre de chocolate y churros, me dispuse á marchar á mi casa. Con oficiosa esplendidez, *Pajalarga* no quiso cobrarnos el gasto, y sacándome del ruedo me metió en el rincón más oscuro

de la trastienda, donde misteriosamente me dijo: «No me oculte usted, señor don Tito, que ha ido al extranjero con una encomienda de don Francisco, para que los Gobiernos públicos de la Francia y de la Suiza metan mano á los carcas y no les dejen pasar la frontera.» Sin negar ni afirmar nada, mi sonrisa bonachona dió á entender al buen *Pajalarga* que estaba en lo cierto; pero tuve cuidado de añadir que el asunto era delicadísimo, y la reserva me obligaba á ser sordo y mudo. Ya hablaríamos, ya hablaríamos...

Hasta la puerta nos acompañó, á Serafín y á mí, el elocuente buñolero. Volviendo á la calle Ancha tomamos el tranvía de Estaciones y Mercados, para ir á la Puerta del Sol. Aproveché la obsequiosa compañía de Serafín, que no me quería dejar hasta mi casa, para reiterarle una y otra vez el encargo de averiguar lo referente á la *señora de piso*, añadiendo el dato importantísimo de que había sido maestra de niñas en la calle de Rodas.

En mi casa encontré á Ido y á toda la familia en grande alarma por mi ausencia. Díjeles que había estado en una reunión política de suma gravedad. Las magulladuras de mi cuerpo, por la dureza del lecho granítico, me pedían á voces la blandura de mi cama, y en ella me metí, sirviéndome de ayuda de cámara el bueno del patrón. Como de costumbre, le dije: «¿Qué hay de cosas, amigo don José?» Y él, alargando su chupado rostro, me contestó con voz funeraria: «Francamente, naturalmente, señor de Tito, poco

puedo yo contarle que usted no sepa. Los males que afligen á España se reducen á uno solo, es á saber, que todo lo que sufrimos sería poca cosa si no padeciéramos ese cáncer, esa peste, ese cólera morbo que llamamos indisciplina militar. Yo me horripilo cuando me cuentan que los soldados gritan á sus jefes *¡que bailen, que bailen!* y *¡abajo los galones!*

Pausa. Suspiros de ambos. Ido prosiguió así: «Vea usted el caso del Teniente Coronel de Llagostera. Entra indisciplinado en Murviedro el batallón de Cazadores de Madrid. Su jefe, hombre de tesón y coraje, dice: «Aunque me juegue la vida, yo meto á éstos en cintura.» Alardeando de arrojo temerario, ordena á los cabos, sargentos y oficiales que le dejen solo con la fuerza. Después de poner en el suelo su sable y su revólver manda formar el cuadro. Arenga á los soldados con palabras ardientes, invocando el honor, la bandera, la patria, y cuando ya cree tenerlos dominados con su noble entereza, suena un tiro; luego otro y otros. El bravo Martínez Llagostera cayó acribillado á balazos.

—Como ese caso, aunque no tan graves, hay muchos en toda España.

—Y yo pregunto, señor don Tito; sin Ejército disciplinado, ¿cómo vamos á terminar las guerras civiles?

—El tiempo, amigo Ido; que es la cifra y compendio de la disciplina, pues nada puede alterar el régimen pausado de sus horas, sus días y sus años, se encargará de poner tér-

mino á esas calamidades... Las guerras civiles, combatidas por el cansancio, que es también una forma de disciplina, se acabarán por sí mismas, y todo volverá á su sér y estado natural. ¿Cuándo? A esto no puedo contestarle. Los que vivan mucho lo verán.»

No seguimos porque Ido me recomendó el reposo, y mis nervios y mi cerebro me pedían también disciplina. Al despedir á mi patrón, le dije: «Es posible que duerma todo el día. No dejen entrar á nadie, con una sola excepción. Si viene un guardia de Orden Público que se llama Serafín de San José, despiértenme en seguida. Me traerá un parte, un despacho, un aviso, de más importancia para mí que todas las cuestiones políticas, así nacionales como internacionales ó del mundo entero.»

No interrumpió mi descanso la voz deseada de Serafín de San José; pero al llegar la noche, fuí sorprendido por otra voz siempre grata para mí. Era Nicolás Estévez, que se me presentó en casa con propósito firmísimo de llevarme á comer con él. Intenté formular delicada resistencia á la invitación de mi amigo; pero éste la repitió con tonos tan terminantes y autoritarios, que me rendí á su bondad un tantico despótica...

Comiendo en Levante, solicitó mi colaboración para un trabajo literario y periodístico. Un diario de París de los más poderosos, le había encargado una información extensa y concienzuda de lo que en España ocurría, y singularmente de los debates parlamentarios.

rios. Pagaban con largueza, y exigían que diariamente se mandase un determinado número de cuartillas. «Necesito un ayudante —añadió,—y ese ayudante eres tú. Desde mañana nos vamos al Congreso, yo á los escaños, tú á la tribuna, distribuyéndonos previamente el trabajo. No hay que decir que partiremos también... *el oro francés*, que no nos vendrá mal.»

No sabía yo cómo excusarme de admitir una colaboración que había de serme penosísima por el estado de mi cabeza. Por fin, echando resueltamente por la calle de enmedio, rompí el secreto de mis íntimas aprensiones, ensueños y amorosas ansias, y le conté la fábula poemática ó mitológica de la dama invisible, angélica ó endemoniada, que era mi ilusión y mi suplicio. La risa que soltó don Nicolás al oír mis peregrinas confidencias me desconcertó más, poniendo mi pensamiento á inconmensurable distancia del suyo.

«Ahora sí que no te suelto, Tito—dijo Estévez apretándome fuertemente el brazo.—Estás enfermo, y yo soy el médico que ha de curarte. Padeces un romanticismo agudo, que puede ser principio de chifladura crónica. Tu dolencia se manifiesta bien clara en tu estado de languidez babosa, de inquietud delirante, de sutileza del oído que se empeña en traducir al lenguaje vulgar los silbos del aire que pasa, los ruidos de las puertas, y el pisar de los transeuntes. Desde esta noche harás lo que yo te mande: te sujeto al trabajo. El remedio heroico de tu en-

fermedad es tener tu atención sujeta siempre á cosas prácticas, externas, ajenas á todo lo que compone el reino mentiroso de la imaginación.»

Como lo decía lo hizo desde la mañana siguiente muy temprano. De acuerdo con Ido, me secuestró apenas tomado mi desayuno, y echándome la garra me llevó consigo, antes que pudiera yo largarme á mis habituales correrías. Movido de una intención benéfica y paternal me hizo su esclavo, y yo, sintiendo el hierro que me oprimía, no pude maldecir la mano dura y generosa del amigo entrañable.

Vedme otra vez en el Congreso, amados leyentes míos y hermanos en la comunidad de la Historia; vedme en la Tribuna, rasgando el papel con lápiz velocísimo, para transmitir á luengas tierras lo que á mi parecer no merecía salir de aquel que á cada paso llamaban *augusto recinto*. Extractaba yo los vanos discursos sin poner en ellos más que una fugaz atención mecánica. Casi todos los grupos de la Cámara eran hostiles al Gobierno, por la inacción en que éste permanecía frente á las escandalosas insurrecciones cantonales, y al creciente empuje de los Carlistas. A cada momento salían de los escaños voces de arbitristas proponiendo enérgicas panaceas para curar, con rápido tratamiento, los males de la Nación.

El simpático diputado por Cabuérniga (Santander) don Antonio Fernández Castañeda, propuso que se autorizara al Gobierno para

organizar treinta mil voluntarios; el señor Ocón, diputado por Segorbe, pidió que se decretase un impuesto extraordinario de 110 millones de pesetas y que se nombraran comisiones de diputados vasco-navarros y catalanes, investidos de facultades extraordinarias, que acompañasen á los generales en la campaña del Norte. Otro saltó pidiendo que se revisaran las hojas de servicio de los generales, jefes y oficiales...

Con indignación y dolorido acento patriótico trataron de los sucesos de Alcoy, en las sesiones del 11 y 12 de Julio, Aura Boronat y Maisonave, ambos diputados levantinos. Las Cortes *ordenaron* (textual) al Gobierno que procediera con inexorable energía. Los Ministros pusieron sus carteras en manos de Pí y Margall, y dos días después, mientras éste se ocupaba en amasar y cocer un Gabinete de Conciliación, el señor Prefumo abordó el terrible asunto del alzamiento de Cartagena, precipitado por la flaqueza ó traición del Gobernador de Murcia señor Altadill y por la indolencia del Gobierno.

A Pí y Margall se le censuraba casi unánimemente porque, investido por las Cortes de facultades extraordinarias para dominar la situación, no quiso aplicarlas en momentos tan críticos. Ante la pavorosa insurrección cantonal, limitábase á dirigir por telégrafo á los gobernadores y alcaldes amonestaciones patrióticas, ó saludables máximas de buen Gobierno y de respeto á la ley. Era el hombre inflexible; era la ley misma. Pensaba

como yo (lo digo sin vanidad) que la Razón y el Tiempo, las dos fuerzas eternamente disciplinadas é incontrastables, reducirían á los rebeldes á la obediencia, y devolverían á los pueblos su placentera normalidad.

A la defensa de Pí, ausente de las Cortes en aquellos días, salió Carvajal, Ministro de Hacienda, que con toda su elocuencia no pudo amansar las iras del señor Perfumo; acudió á la liza el Ministro de Ultramar señor Súñer y Capdevila, y aquí fué Troya. Empezó diciendo que estaba dispuesto á castigar con mano dura, inexorable, á los revoltosos, á los incendiarios y á los asesinos. Un aplauso unánime acogió estas palabras, y aquel hombre talludo y frío, sectario furibundo, que desmintiendo su honrada condición ponía siempre en sus palabras una ironía mefistofélica, prosiguió de esta manera: «Pero, señores, cuando se trata de luchar y de derramar la sangre de mis amigos y de mis correligionarios, declaro que hasta aquí no llega mi heroísmo.» Un diputado le interrumpió preguntando: «¿Y si son facciosos?» El Ministro contestó: «Para Su Señoría serán facciosos...» Espantable vocerío y protestas unánimes le obligaron á callar.

Restablecido el orden remató así Súñer su infeliz perorata: «Una cosa es considerarlos facciosos y otra luchar con ellos. Aquí no hay más que dos políticas: ó la de ataque ó la de concesiones. Pues bien, yo declaro desde este banco que soy partidario para con mis correligionarios, sublevados en Cartagena y en

cuantos puntos puedan levantarse, de la política de concesiones.» Nuevo escándalo. Habló Pí, que acababa de llegar al Congreso, y no convenció á nadie. La sesión terminó con borrascosas disputas. La crisis se imponía, y para resolverla, las Cortes dejaron de celebrar sesiones los días 15 y 16 de Julio, usando el artificio de figurar falta de número para poder abrirlas.

Me vinieron muy bien los dos días de asueto, pues ya me fatigaba la ímproba labor de comunicar al mundo los alborotos del divertido gallinero de mi patria. Pero mi amigo y médico don Nicolás Estévanez, atento á que mi espíritu no se desligase de las cosas externas para volver á cabalgar locamente por los espacios imaginarios, tenía me bien sujeto; llevábame á comer á su casa ó al café, y á la caída de la tarde, paseando agradablemente por las afueras, me refería sucesos cómicos y dramáticos en que él intervino; con fácil trazo descriptivo hacía la semblanza de los primates del republicanismo, y de ellos contaba casos y rarezas que desmentían la opinión vulgar de sus caracteres.

De cuanto le oí en aquellas tardes se me ha quedado muy presente el perfil biográfico de Figueras y una interesante anécdota. Reproduzco con la mayor fidelidad posible las propias palabras de Estévanez.